

II.

SIGUE ESTA MATERIA.

Cómo Felipe II satisfizo los deseos de Pio IV en favor del clero y fieles ingleses desterrados de su patria, dicho está en muchos libros y lo testifican los historiadores de aquellos tiempos, diciendo que: «recibió á los religiosos ingleses con buena voluntad y amor y los favoreció grandemente, procurando además la fundación de establecimientos de refugio y de enseñanza para la juventud británica. No tenía límites la liberalidad inagotable del Rey Prudente. Pues, por lo que toca á secundar los planes del Papa y su sobrino, no hay que decir más de como el Rey Prudente procuró por todos los caminos, que se congregasen libremente en Trento los Obispos y Prelados de la cristiandad. Envió además á la nación francesa un comisionado especial, al célebre Antonio de Toledo, para desbaratar por las vías diplomáticas, el proyectado Concilio nacional de París. La Francia se mantuvo, no obstante, en sus intentos; pero Pio IV, á pesar de tantos obstáculos, y confiando en el auxilio poderoso y decidido del Rey de España, resolvió á todo trance la reunión del Concilio. Así consta por carta de San Carlos fecha 11 de Octubre de 1560. Iba dirigida al Nun-

y benéficos era cosa como natural en D. Felipe, según lo declaran Cabrera y Porreño con estas palabras: «Favoreció á las universidades de estos reinos á quien visitaba y oía lecciones, como lo hizo en Valladolid el año de 1592 oyendo dar lecciones á cinco catedráticos.» *Dichos y Hechos*, cap. XII. Consta además en el Cod. Ms. K. 1. 7. fol. 99, del monje Fr. Juan de San Jerónimo del Escorial, que en 11 de Setiembre de 1577 oyó Felipe II con sumo placer conclusiones científicas sustentadas por su sobrino, más tarde, el Cardenal Alberto, hijo del Emperador Maximiliano, arguyéndole su hermano el Príncipe Wenceslao, el P. Prior Fr. Julián de Fricio, el P. Rector Fr. Juan de San Jerónimo, más algunos caballeros y pajes de Sus Altezas que acompañaban á su padre el Rey Prudente.

cio de España el obispo de Terracina ¹. Al fin viéronse realizados los vivos deseos del Papa, de su sobrino y del Rey de España. En las historias de aquel tiempo constan ya los esfuerzos de D. Felipe, porque la España católica se viese en Trento justa y dignamente representada. Allanando caminos y venciendo dificultades, envió al Concilio los varones más sabios, prelados y doctores de nuestra patria, que gozaban ya de grande fama en tierras extranjeras. Ya en 1545 había enviado á la famosa asamblea al Santo Prelado Tomás de Villanueva, como se ve bien en la carta del 8 de Julio, escrita por el Arzobispo á D. Felipe, diciéndole: «Muy alto y muy poderoso Señor: Recibí la carta de V. A. de 4 de Junio con la de S. M., en la cual me manda que me apareje luego para ir al Concilio que se celebra en Trento...» ² El Marqués de Pescara fué también allá como embajador del Rey Católico y desde luego se granjeó buen nombre y lugar en la asamblea santa, ya por su proceder digno y religioso, y ya por su naturalidad y condescendencia. Mas tarde hubo de sustituirle el conde de Luna á quien no sobró al principio la prudencia ni el respeto debido al Concilio. Y aquí cabe indicar el error de quienes suponen que las inconveniencias y reclamaciones de aquél y

¹ «Quoi qu'il en soit Pie IV écrivit á Philippe II. qu'il estait décidé á reunir le concile de Trente, quand bien même lui seul promettrait son assistance.» Lettre de Saint Charles du 11 oct. 1560 á l'évêque de Terracine. Archiv. secret. du S. Siège. Nonciature d'Espagne. vol. 4. Sylvain. cap. cit. pág. 103. El Rey Prudente, como es notorio, no sólo fué gran favorecedor del Concilio; sino quien, para dar ejemplo á la demás naciones lo admitió y mandó aceptar en sus Estados. Por eso, aun viendo las dificultades que su hermana Margarita, Gobernadora de los Países Bajos, le señalaba para intruducirlo en aquella tierra flamenca, el Monarca Español contra el parecer de prelados, consejos y universidades de los sobredichos Países, optó porque fuese admitido allí el Santo Concilio. «Si después, decía, de estar aceptado sin limitación alguna en todos mis otros reinos y señoríos, hacía excepciones con los Países Bajos, produciría muy mal efecto, seria de mal ejemplo á Francia y otras naciones, fomentaria las calumnias con que intentaban afearle sus contrarios en las cortes de Europa y sobretudo en Roma.» Véase sobre este punto Gachard: *Correspondance de Philippe II*: Tom. I, pág. 328.

² *Documentos inéditos...* tomo V: pág. 94 y 95.

otros embajadores de España traían origen de ideas regalistas, y cesarismo dominador, ardiente y oculto en el pecho del Rey Católico. Lo cual no es en nada exacto: demasiado recordará el docto é imparcial amigo de la Historia, cuántos gobernadores, vireyes y áun Consejos, así de Indias como del continente, merecieron reprobación abierta de Felipe II, por haber abusado del ejercicio de su autoridad. A un virey del Perú le destituyó y mandó con ademán severo á su casa, porque, contra las representaciones de un prelado insigne de aquel imperio, dió muerte al rey de aquellos naturales que cayó prisionero. El santo arzobispo puso el hecho en conocimiento de Felipe II, el cual, en la primera entrevista que tuvo con el virey susodicho, le manifestó no haberle mandado al Perú para matar reyes, sino á servir reyes¹. El conde de Luna presentaba amenazas y oposicion continua al Santo Concilio en Trento, y el Papa así como los cardenales, estaban como sorprendidos de semejante proceder, y mucho más cuando sobre ello andaban las exigencias del embajador en completo desacuerdo con los pensamientos del Rey Católico².

¹ «Un caballero ilustre que habia sido muchos años virey del Perú, murió con decirle Su Mag. que fuese á su casa, que no le habia enviado al Perú para que matase reyes, sino para que sirviese reyes.» Porreño cap. II, pág. 25 y 26. En la *Crónica Agustiniense*, del P. M. Francisco de Avilés y otros de aquellos siglos, se refieren varios arranques del mismo tenor, que muestran mucho como D. Felipe II miraba y respetaba los derechos de la Iglesia.

² «Le Pape avait raison de s'étonner de cette conduite, d'autant plus que, sur ce dernier point, elle était en désaccord avec les pensées du roi catholique.» Sylvain, chap. VII, pág. 216. Lettre du 28 Juillet 1563. Bib. Amb. Ms. 133 inf. Atras queda indicado que la ruptura de Felipe II con Pío IV, cuando al embajador francés fué dada la precedencia en la capilla sixtina postergando al español, no era real en el fondo, como lo declara muy bien la carta del rey á su embajador Riquesens de 22 de Septiembre de 1564. Decíale así: «Comendador Mayor de Castilla, del mi Consejo y mi Embajador en Roma:... os he querido escribir esta de mano de Gonzálo Pérez para avisaros y encargaros que vos os detengáis en Génova y os vais entreteniéndolo con achaque de que no os he mandado dar galeras para vuestro pasaje, y quejándoos dello aunque en la verdad esta que arriba digo ha sido la causa (la conducta ya blanda y el arrepentimiento del Papa) de que no os envió cartas

La manera admirable con que Felipe II resolvió el punto de las etiquetas y supremacías diplomáticas en el Concilio entre ambos embajadores, español y francés, puede indicarse ahora en este lugar; esto es, ordenando á su representante ceder cualquier derecho reclamado en favor de España. Y esto por el bien de la Iglesia universal y el término glorioso del Concilio. Y por no perder de vista la unidad de pensamiento entre San Carlos Borromeo y el Rey Prudente, no quiero pasar adelante sin recordar cómo D. Felipe II se complacía en honrar y engrandecer la familia de los Borromeos. Ya se sabe que al conde Federico de aquella casa dotó generosamente con el principado de Oria en el reino de Nápoles. Y no quiso que su hermano el joven Cardenal se quedase atrás en ello; porque oyendo celebrar su gran caridad para con los pobres de Roma y otros puntos, gustó de ayudarle á multiplicar sus muchas limosnas, fijándole una pensión cada año de 9.000 escudos¹. Por donde se ve que las relaciones entre el Rey de España y San Carlos Borromeo fueron siempre muy cabales. Solamente la soberbia y vanidad de los gobernadores é individuos del Consejo de Milán intentaron alterarlas en perjuicio de estados y personas, como pronto se verá. Cuando tal acaecía, el arzobispo de Milán no estaba aún consagrado; era únicamente entonces administrador apostólico de aquella santa Iglesia metropolitana². Para tomar posesión de ella era

para que se os dé embarcación. Y esta vuestra detención ha de ser sin que persona viva sepa la causa della...» Véase el tomo vigésimo de la Colección de libros españoles raros ó curiosos: pág. 451.

¹ «Le roi d'Espagne, Philippe, qui avait doté le comte Frederic Borromeo au moment de son mariage, du principat d'Oria, dans le royaume de Naples, voulut offrir au jeune Cardinal des preuves de sa munificence et lui fournir les moyens de multiplier ses aumônes; il lui donna une pension annuelle de neuf mille écus d'or sur les revenus de l'archevêché de Tolède.» Sylvain; chap. VIII, pág. 243.

² Si hemos de dar asenso á los investigadores de la historia antigua, menester será apuntar siquiera aquí que la ciudad de Milán, metrópoli de la vieja Insubria, fué fundada por los galos hacia el año de 587 antes de N. S. Jesucristo. Nació á la fe católica desde la cuna misma del cristianismo, y según tradición respetable, fué su primer apóstol San Bernabé. Provincia de Roma hubo de ser por los años de 220 antes de la era cristiana, como lo enseña en su *Guía de Milán*, en lengua alemana,

menester licencia del Rey de España, á quien estaba sometida la Lombardía entera. Los Romanos Pontífices no solamente toleraban, sino que concedían tales privilegios y regalías á los monarcas españoles de aquellos tiempos, por ser reyes católicos en el nombre, y en los hechos, verdaderos defensores de la Iglesia. Así vemos que el mismo enviado del Papa á Madrid, Fabricio di Langro, fué también comisionado al propio tiempo de San Carlos para obtener el *placet* real de D. Felipe II, de paso que negociaba reanudar las relaciones oficiales de España y Roma, de que atrás queda hecho mérito. «El duque de Sesa, dice San Carlos en una carta al susodicho Fabricio, declara que no puede darme la posesion sin especial consentimiento de S. Mag. A estas horas la hubieran pedido otros; ya lo creo. De todos modos ruego á vuestra señoría trabaje, si tal hubiere menester, para obtenerla. Al efecto, podrá usar y poner por delante como le plazca el nombre de Su Santidad. Vuestra Señoría se servirá después enviar tal autorizacion al conde Francisco Borromeo, mi tío. Y siempre que sea necesario prestar servicios á nuestra familia en esa corte podreis valeros particularmente del crédito del Duque de Alba; porque siempre se ha mostrado protector nuestro y devoto, y lo será más aún en el porvenir»¹.

No debió tardar mucho tiempo en llegar á manos del santo arzobispo el real consentimiento de la Corte de España; porque ya en el mes de Mayo de 1560 tomó posesión de la Iglesia de

S. Hordmeyer, pág. 9. Correspondió bien al divino llamamiento, esta famosa ciudad, porque Gregorio XIII, en tiempo de San Carlos, felicitaba ya al pueblo de Milán por tener nada menos que treinta y seis de sus prelados en el *Catálogo* de los Santos. Vghelli en su *Italia Sacra*, tomo IV, va más allá y cuenta hasta cuarenta: y Puricello, en su *Calendario Ambrosiano*, pasa aún de los 40. Véase *Sylvain*; cap. IX, página 247.

¹ «Le duc de Sessa déclare qu'il ne peut m'en donner la possession sans une commission de Sa Majesté... Je prie votre Seigneurie de vouloir bien, si cela est necessaire, s'employer pour l'obtenir; à cet effet, elle pourra metre en avant et largement le nom de Sa Sainteté. Votre Seigneurie pourra envoyer cette autorisation au comte François Borromée, mon oncle.....» Véase esta carta entera en *Sylvain*, chap. IX, página 249.

Milán en nombre de San Carlos, su vicario Antonio Roberti, con sumo regocijo del clero y del pueblo¹. El santo bendito permanecía aún en Roma prestando servicios incalculables á la Iglesia universal; y hasta el año de 1564 no fué preconizado por su augusto tío el Sumo Pontífice. Mas no pudiendo unirse el pastor y su rebaño hasta el 1565, hubo de buscar San Carlos para regir bien su diócesis mediolanense, un gobernador digno y de condiciones al efecto. Fué el designado un sacerdote de Verona, buen teólogo, canonista, activo, discípulo del célebre cardenal Polo de Inglaterra, familiar y secretario de Mateo, obispo de la dicha ciudad, á quien más tarde conoció España con el cargo de Nuncio de Su Santidad y nombre de Monseñor Nicolás Ormanetto². Hallóse también en Roma por aquel tiempo Bartolomé de los Mártires, venerable arzobispo de Braga; y como tan perfectamente se entienden los santos unos con otros, simpatizaron sobremanera el sobrino del Papa y el prelado por-

¹ «Au mois de Mai 1560 son vicaire Antoine Roberti prit possession de l'archevêché.» *Sylvain*; chap. IX, pág. 249. Era además de santo el Cardenal Borromeo muy inclinado al estudio y á la propagación de las ciencias. En 18 de Agosto, año 1563 «el Conde Anibal de Emps vino (á Roma) con cinco caballos de posta: fué derecho á S. Marco, adonde está Su Santidad, la cual dicen que estaba acostada: fué á las estancias del Señor Gabrío Cervellón, el cual le acompañó á las del Cardenal Borromeo, el cual *estaba en una Academia que suele hacer con gente letrada*. El Cardenal como le fué dicho que estaba allí el Conde hizo alguna señal que se maravillaba, con todo esto respondió luego que le hiciesen entrar, y el Cardenal fué hasta la puerta de la Cámara á recibirle, y *queriéndole el Conde besar las manos, el Cardenal no quiso y le abrazó, y le hizo entrar en su cámara* y estuvieron un rato juntos...» Aquí aparece también el carácter afable y social de S. Carlos, á quien solian pintar como intratable los del consejo de Milán, escribiendo al rey Prudente. Véase el tomo 20 antes citado de la Colección de Libros españoles, raros ó curiosos: pág. 39.

² «C'est l'un des plus grands hommes de ce temps que je puisse avoir pour le gouvernement de mon église de Milan, où il se rendra pour suppleer à mon absence du moment. Il a été l'élève du cardinal Polo d'Anglatterre, de heureuse memoire, et ensuite principal serviteur de l'évêque Mathieu de Vérone le vieux, cet homme si rare et si vaillant... Il est très versé dans la science des sacres canons et de la theologie...» Carta de San Carlos del 6 de Mayo de 1564. Véase *Sylvain*; chap. IX, pág. 252.

tugués. De este último decía el cardenal de Lorena, que era arzobispo y apóstol digno de los primeros siglos de la Iglesia. No dejó el arzobispo bracarense de apuntar á Su Santidad la conveniencia de reforma entre los cardenales, estimulado sin duda por el cardenal francés. Entonces fué cuando el Sumo Pontífice tomó de la mano á su sobrino y se lo presentó diciendo: «Mirad bien á este jovencito cardenal; yo os lo entrego para que por él comencéis la reforma.» El Papa, sin embargo, no se quedó sin respuesta; porque el venerable arzobispo se la dió muy cumplida, diciéndole que si todos fueran como aquél no habrían menester de reforma, sino, al contrario, ofrecerlo por modelo á todos los prelados del mundo ¹.

Al fin, después de grandes instancias logró S. Carlos dejar á Roma para ponerse al frente del gobierno de su diócesis. La ciudad de Milán le recibió con solemnidad maravillosa, como la ciudad de Roma le despidió derramando lágrimas y cubriéndose de tristeza. El clero de Milán, seis obispos, el Senado en corporación, los representantes de los príncipes vecinos, y en fin, la población entera, rebosando júbilo, entusiasmo y alegría, salieron al encuentro del santo Prelado, tan insigne ya entonces, que su reputación y fama corrían de un punto á otro del orbe católico. El Duque de Alburquerque, Gobernador de la

¹ «Voyez ce jeune cardinal, je le remets entre vos mains; commencez par lui la réforme» «Trés saint Père, si j'avais trouvé tous les cardinaux comme celui-ci, loin de proposer une réforme, j'aurais demandé qu'on les offrît aux évêques comme leurs modèles.» *Sylvain*; chap. IX, pág. 255 y 256. Todavía se me hace cuesta arriba dejar de traer á este lugar otro hermoso testimonio en pró de las buenas partes y virtudes del Santo y también del Papa su augusto tío. Helo aquí en lengua italiana como se lee en el tomo 20 de la susodicha colección, página 105. «La S. S. si confesó hier matina, et doppo, udita la messa del cardinale Borromeo, prese la santa Comunione per sua mano, et cio fece con atto di tante divotione, che ben puote commovere et incitare a divotione gl'animi de tutti collori che se vi trovarono presente, comeio me vi trovai: et il Cardinal Borromeo, il quale con ogni sua attione da essemplio di bonta ad ognuno, ha perseverato poi ciascuno giorno in dir messa con divotione, mostrando, a gran sua laude, di non essere sollecito ad altro, in questa sua turbulenza, che di havere l' animo a Dio.....» Aviso di Roma 27 de Noviembre de 1563 del conte di Landriano: *ibid.* Estaba entonces el Padre Santo enfermo de mucha gravedad.

ciudad, entró á la derecha del Cardenal Arzobispo, que contaba á la sazón la corta edad de 26 años. Todos le aclamaban padre, y le llamaban el nuevo S. Ambrosio ¹. De este concierto general, y por hacer más perfecta la armonía no pudo faltar el Rey de España, que, aunque desde lejos, quiso asociarse de todo punto al entusiasmo del pueblo milanés, felicitando al santo Arzobispo y enviándole cartas muy íntimas en que le prometía solemnemente el real apoyo en todos sus trabajos y desvelos apostólicos ².

III.

LA LUCHA CON EL SENADO.

Era, sin duda, D. Gabriel de la Cueva, Duque de Alburquerque, y entonces Gobernador de Milán, militar valiente, caballero, íntegro, leal y buen cristiano. Y esto en tal grado, que el mismo San Carlos decía de él que era gobernante bueno, religioso y tan consagrado á Dios como se lo pudiera imaginar antes de visitarle ³. Mas el Gobernador no estaba solo: pesaba é influía en su buen ánimo la intención nada recta de la mayor parte del Senado. Viendo algunos de sus individuos las reformas saludables del santo Arzobispo entre los fieles de Milán, comen-

¹ «La reception fut, en effet, des plus brillante... Le cortège, composé du clergé, de six évêques, des sénateurs, des envoyés, des ducs, et des princes voisins,... se déroula dans les rues de la cité ornées de nombreux arcs de triomphe, de statues, d' emblemes qui redisaient les sentiments respectueux des fideles pour leur pasteur et la joie des milanais entourant leur concitoyen d' honneur, dont personne n' était plus digne...» *Sylv.* chap. X, pág. 284.

² «Le roi d' Espagne, Philippe II avait voulu de loin s'associer á la joie de son peuple et feliciter le saint archevêque de l' empressement qu' il apportait á visiter son eglise. Le 25 Septembre il promettait, par lettres, l' appui royal dans toutes ses entreprises.» *Chap. X*, pág. 285.

³ «J' ai trouvé ce gouverneur, écrivait-il, lors de sa premiere visite, si bon, si religieux, si devoué á Notre Seigneur, que je n' aurais jamais pu me l' imaginer tel.» *Sylv.*, chap. XVI, pág. 374.